



CUANDO SOPLA VIENTO CONTRARIO

NADA ES IMPOSIBLE PARA TI

Por qué tengo miedo
si nada es imposible par Ti (4).

Por qué tengo miedo
si nada es imposible par Ti (4).

Nada es imposible para Ti.

Por qué tengo dudas
si nada es imposible para Ti (4).

Enséñame a amar
porque nada es imposible para Ti (bis).
Enséñame a perdonar
porque nada es imposible par Ti (bis).

Nada es imposible par Ti.

Tú te hiciste hombre
porque nada es imposible para Ti (4)

Tú venciste a la muerte
porque nada es imposible para Ti (bis).

Tú estás entre nosotros
porque nada es imposible par Ti (bis).

Nada es imposible par a Ti.

Hna. Glenda

"En seguida obligó a los discípulos a que se embarcaran y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla subió al monte para orar a solas. Al anochecer seguía allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, maltratada por las olas, porque llevaba viento contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando por el lago. Los discípulos, viéndolo andar por el lago, se asustaron diciendo que era un fantasma, y daban gritos de miedo.

Jesús les habló enseguida:

– ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó:

– Señor, si eres tú, mándame acercarme a ti andando sobre el agua.

Él le dijo:

– Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero al sentir la fuerza del viento le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

– ¡Sálvame, Señor!

Pero Jesús extendió en seguida la mano, lo agarró y le dijo:

– ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto se subieron a la barca amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él diciendo:

– Realmente eres Hijo de Dios."

Mt 14, 22–33

¿Por qué has dudado?

No es fácil responder con sinceridad a esa pregunta que Jesús hace a Pedro en el momento mismo en que lo salva de las aguas: "*¿Por qué has dudado?*" Pero si somos sinceros, hemos de confesar que hay una distancia enorme entre el creyente que profesamos ser y el creyente que somos en realidad. ¿Qué hacer al constatar en nosotros una fe a veces tan frágil y vacilante?

Lo primero es no desesperar ni asustarse al descubrir en nosotros dudas y vacilaciones. La búsqueda de Dios se vive casi siempre en la inseguridad, la oscuridad y el riesgo. A Dios se le busca a tientas. Y no hemos de olvidar que muchas veces la fe genuina sólo puede aparecer como duda superada.

Por eso, lo importante es saber gritar como Pedro: "*Sálvame, Señor*". Saber levantar hacia Dios nuestras manos, no sólo como gesto de súplica sino también como entrega confiada de quien se siente necesitado. No olvidemos que la fe es un caminar sobre las aguas, pero con la posibilidad de encontrar siempre esa mano que nos salva del hundimiento total.

Los miedos y las dificultades

En contra de lo que a veces pensamos, no es malo el miedo que se despierta en nosotros cuando detectamos una situación de peligro o inseguridad. En realidad es la señal de alarma que nos pone en guardia ante aquello que puede, de alguna manera, destruirnos.

Ciertamente, cuando un creyente, acosado por el miedo, grita como Pedro – "*Sálvame, Señor*" –, ese grito no hace desaparecer sus miedos y angustias. Todo puede seguir igual. Su fe no le dispensa de buscar soluciones a cada problema. Sin embargo, todo cambia si en el fondo de su corazón se despierta la confianza en Dios. Lo más importante, lo más decisivo de nuestro ser está a salvo. Dios es una mano tendida que nadie puede quitar. La fidelidad y la misericordia de Dios están por encima de todo. Por encima, incluso, de toda fatalidad y de toda culpa.

EL SEÑOR ESTÁ AQUÍ

**El Señor está aquí,
nos regala su paz,
la esperanza por siempre,
la fe y el amor.**

Sugerencias para orar

- a) *Escuchar a los protagonistas.* El miedo es una experiencia central en la vida humana que nos hace tomar conciencia de ser criaturas frágiles y amenazadas de muchas maneras por la muerte. Puede ser un camino que nos acerque a Dios, al hacernos reconocer su misterio y nuestra necesidad de salvación; pero si nace de una falta de confianza, debilita nuestra fe y tiene efectos paralizantes. Podemos pedir a algunos hombres y mujeres del evangelio –en este caso a Pedro y a los discípulos– que nos cuenten como oyeron a Jesús decirles: “¡Ánimo, no tengáis miedo!”, cuando se encontraban en situaciones de extremo peligro o desgracia; y cómo él parecía asombrarse de su temor, como si fuera algo imposible teniéndole a él a su lado.
- b) *Acércate a Jesús y pon delante de él todos tus miedos.* Incluidos aquellos que te resulta humillante reconocer. Preséntale también los miedos de tantos hombres y mujeres que viven angustiados y bloqueados por distintas formas de mal: el dolor, la persecución, la depresión, la vida amenazada... Pídele que aumente tu fe y tu confianza, y la de ellos.
- c) *Tener fe.* Fe en Jesús, fe en Dios. Fe en que él es fiel y misericordioso y camina a nuestro lado aunque no sepamos reconocerle o le confundamos con un fantasma. Proclamar nuestra fe, no sólo en momentos de tormenta, también en los de bonanza. Hacer de este momento un acto de fe. Postrarnos, adorarle y librarnos de los fantasmas que nos atormentan.
- d) *Caminar sobre el mar.* El cristiano es precisamente esa persona que tiene de andar sobre el mar. ¡Ah, si el cristiano tuviese que caminar siempre por camino fácil, si pudiese darse a la buena vida, tranquila y sin ruidos, si encontrara la plenitud fumando estúpidamente la pipa de la paz doméstica y no tuviera que preocuparse de nada más! Pero no, este evangelio nos descubre que la fe evangélica nos lleva a caminar sobre el mar, o sea, a afrontar cada día los retos y las dificultades de la vida.
- e) *Una barca zarandeada por el viento y las olas.* Y esa barca puede ser esta sociedad, este pueblo nuestro, esta Iglesia, nuestra comunidad, yo mismo/a. Y ser cristiano es cuestión de comprometerse en cuerpo y alma en la barca de los seres humanos, y descubrir que uno no está solo nunca.

EN TI HEMOS PUESTO LA FE

EN TI, EN TI, EN TI, SEÑOR,
HEMOS PUESTO NUESTRA FE (bis)

No en las armas ni en la guerra, sino en Ti, Señor,
No en la ciencia ni en la fuerza, sino en Ti, Señor.

Entre crisis de esperanza, sólo en Ti, Señor,
Entre odios y rencores, sólo en Ti, Señor.

Servidores de hombres porque sólo en Ti.
Alegrando las tristezas porque sólo en Ti.

Pregoneros de la paz, porque sólo en Ti,
Sembradores de esperanza, porque sólo en Ti.

PODRÁ FALTARME EL AIRE

Podrá faltarme el aire,
el agua,
el pan;

sé que me faltarán.

El aire, que no es de nadie.

El agua, que es del sediento.

El pan... Sé que me faltarán.

La fe, jamás.

Cuanto menos aire, más.

Cuanto más sediento, más.

Ni más ni menos. Más.

Otero, Blas de

TORMENTAS DE VERANO

Con tanta protección,
con tanta garantía,
con tanto amparo,
con tanta defensa,
con tanta muralla,
con tanto derecho,
con tanto seguro,
con tanto capricho...
estamos mal acostumbrados
a bregar en el mar de la vida.

Y cualquier imprevisto,
aún el más trivial y anodino,
-la incertidumbre ante el futuro,
el presentimiento de un cambio,
el miedo a lo desconocido,
un dolor fortuito,
la presencia de extranjeros,
la sospecha de nada concreto...-
nos paraliza o produce recelo.

¿Por qué teméis,
hombres de poca fe?
Sólo es una tormenta de verano.

Días hay, es cierto,
en que se nos nubla el cielo
y parece ennegrecerse
el horizonte de la vida.
Nos sentimos acorralados,
amenazados:
los reveses de la vida,
los caprichos de la suerte,
los avatares del destino,
la rueda de la fortuna
o los designios de la providencia,
¿qué sé yo?,
son rayos y truenos
sobre nuestras cabezas.
La tierra, bajo nuestros pies,
tiembla estremecida.
"Podría hundirme", pensamos.

¿Por qué teméis,
hombres de poca fe?
Sólo es una tormenta de verano.

Un marinero
se crece en la fuerte marejada,
mientras tierra adentro
hay quien se ahoga en un vaso de agua.
Los chaparrones sólo duran horas,
nunca semanas.
Y después de la tempestad viene la calma.
Puede que diluvie, a veces es necesario,
pues si no, ¿quién nos quitará tanta costra?,
¿quién nos arrancará las entretelas del alma?

¿Por qué teméis, hombres de poca fe?
Sólo es una tormenta de verano.

A veces llueve a cántaros,
y la fuerza del viento huracanado
puede arrastrarnos al desastre,
y destruir en unos minutos de inclemencia
la obra laboriosa y paciente de muchos años.
Andamos a la deriva y angustiados.
Nos tambaleamos, miramos perplejos,
dudamos de todo,
desconfiamos,
y estamos a punto de hundirnos.
¡Señor, sálvanos!

¿Por qué teméis, hombres de poca fe?
Sólo es una tormenta de verano.

Ulibarri, Fl.